

PALABRAS DEL DOCTOR LORENZO MEYER COSIO, PROFESOR DE EL COLEGIO DE MEXICO

Señor Presidente de la República,
Señor Presidente de El Colegio de México,
Señoras y señores:

Quiero aprovechar la oportunidad que se me ofrece, con motivo de la inauguración de este edificio, no para recapitular lo logrado -de lo que se encargarán otras personas, dentro y fuera de El Colegio- sino para hacer algunas consideraciones en torno a la tarea que nos espera. Los institutos de cultura superior y las universidades atraviesan por tiempos difíciles y México no ha sido excepción. Hasta ahora, nuestra institución ha salido relativamente bien librada de esta crisis general, pero sería un error suponer que esta situación puede sostenerse indefinidamente por sí sola. El ambiente en que deben vivir las comunidades académicas es difícil lograrlo, pero muy fácil destruirlo. Los períodos de expansión hacen aún más vulnerables a nuestras instituciones y nosotros debemos de estar conscientes de ello.

A pesar de tener una existencia relativamente corta, El Colegio de México ha experimentado ya cambios notables, tanto en sus estructuras como en sus objetivos. Una vez más, muchas de las actitudes del pasado deberán ser superadas: necesitamos abrirnos ante las nuevas posibilidades. Sin embargo, hay elementos de lo que podríamos considerar ya una tradición, que deben reafirmarse o, de lo contrario, corremos el riesgo de desvirtuar la naturaleza de nuestra institución. Creo conveniente insistir en la necesidad de mantener un compromiso formal y real con los valores académicos, ahora tan menospreciados por algunos; es decir, mantener como objetivo central la búsqueda y difusión de la verdad -de nuestra verdad social- a través de la aplicación sistemática de la disciplina y método científicos, sin temores y sin concesiones.

El desarrollo del conocimiento en general, y del social en particular, es una actividad revolucionaria por excelencia. Independientemente de sus preferencias personales, el verdadero humanista juzga lo que es en función de lo que podría ser. Todo debe ser puesto en tela de juicio, pues todos los arreglos humanos son susceptibles de perfección; por ello, los guardianes de lo establecido ven con recelo la labor del intelectual.

La historia de las relaciones entre las universidades y los factores del poder no ha sido siempre feliz. En incontables ocasiones la iglesia, el estado, los grandes intereses económicos y los grupos políticos, han tratado de interferir con las actividades académicas y a veces las han destruido. No es prudente, pues, dar por sentada, sin mayor examen, la viabilidad de los centros de cultura en nuestro medio. Su permanencia y desarrollo exigen una vigilancia constante. En la medida en que la universidad produzca los técnicos y administradores que el desarrollo económico demanda, ningún país podrá prescindir de ella, pero esto no garantiza la preservación de lo que desde sus orígenes y hasta ahora ha sido su esencia: la libertad de investigación y de cátedra; la de explorar más allá de los límites de lo aceptado y la de poner en tela de juicio lo existente en función del bienestar colectivo.

Aunque los factores externos han sido básicamente los que por su acción u omisión han determinado la naturaleza de la vida académica, no son los únicos. La calidad y significado de las investigaciones y de la docencia dependen en buena medida de las decisiones de la propia comunidad académica, del grado de fidelidad a su tarea. Aún suponiendo un medio ambiente óptimo, el éxito de la empresa no está asegurado si no se tiene un cuerpo docente seguro de sus objetivos e identificado plenamente con los valores de la cultura. La falta de comprensión a lo que debe ser la esencia del quehacer académico puede convertirse en un elemento tan corrosivo para éste, por desmoralizador, como aquellas fuerzas extramuros a las que nos hemos referido. La interrogación constante, la duda sistemática, no han sido una empresa que goce siempre de gran popularidad. El reconocimiento social, económico o político, a quienes asumen esta tarea con seriedad no es muy frecuente. Ya lo decía Cosío Villegas cuando, en 1923, inició su curso de Sociología Mexicana con el objeto de llegar a conocer a la sociedad que la Revolución empezaba a formar: “para saber es necesario herir”. Conocer a fondo y hacer saber la situación de una sociedad con las carencias y problemas de la nuestra no es tarea fácil, pero sí necesaria e indispensable.

La tarea del profesor e investigador no se reduce a crear y transmitir formas de conocimiento, sino a hacerlo de una determinada manera. Como todo intelectual, debe ser primero y ante todo, parte de la conciencia crítica de la sociedad en que vive. El problema de muchas de las instituciones de enseñanza superior es que buen número de quienes viven en ellas y de ellas se han olvidado, por así convenirles, de esta obligación. Se han servido de su calidad universitaria para conseguir posiciones ventajosas fuera del recinto académico. Si El Colegio de México ha sobrevivido y se ha desarrollado satisfactoriamente, se debe en muy buena medida a que sus fundadores -profesores y estudiantes- aceptaron y practicaron estos valores. Y esto no fue fortuito, las tentaciones para abandonar este esfuerzo fueron tan grandes entonces como lo son ahora, sino el fruto de una decisión consciente; de un respeto profundo a sí mismos y a su papel de intelectuales.

He aquí, pues, una responsabilidad básicamente nuestra. La vida intelectual en México está ya demasiado cargada de intereses ajenos a ella, pero no hay duda que la comunidad académica tiene la responsabilidad de no agravar este problema al alejarse o ignorar los valores y obligaciones que le deben ser propios por fidelidad a los fundadores de este Colegio, pues todos ellos supieron renunciar a cuanto pudo desviarlos de su único compromiso. Confío en que más adelante se pueda decir lo mismo de nosotros.

Muchas gracias.